

Jesús Hoy / Palabra de Vida

Las bienaventuranzas: un programa de felicidad

*Las bienaventuranzas de Jesús constituyen
la obertura al gran discurso evangélico del monte.
Mateo sistematiza en un todo, las enseñanzas
que Cristo impartió en distintas ocasiones.
En este discurso del monte, Jesús,
como un nuevo Moisés en un nuevo Sinaí,
promulga con su autoridad mesiánica
la nueva ley evangélica del Reino
para todos los miembros del nuevo pueblo de Dios*

El discurso del monte

Muchas realidades en el mundo van mal. Por ejemplo, en nuestra realidad, los ricos que se vuelven siempre más ricos y los pobres más pobres, gente que sufre de manera injusta e injustificada, sin merecerlo, gente mansa y humilde que la pisotean; personas que quieren y esperan justicia y dignidad y su espera es demasiado larga o vana y quedan frustrados y decepcionados; gente buena que sabe ser misericordiosa, buena con su prójimo, o con un corazón limpio y sin falsedades o dobleces, otros que quieren construir la paz y muchas veces no son comprendidos, son marginados, se burlan de ellos, son manipulados.

Es un cuadro sin duda decepcionante y también no del todo verdadero y realista: hay, afortunadamente, también muchas cosas que marchan bien.

Es, además, la misma situación que enfrentó Nuestro Señor... En aquel entonces, como ahora, no se cumple con las bienaventuranzas.

¿Qué son las bienaventuranzas? Son el código del cristiano, los mandamientos del Evangelio, el resumen más esplendoroso del mensaje de Cristo. Jesús nos señala el camino de la felicidad, de la dicha, de la bienaventuranza.

¿Cuál es? Dichosos los pobres en espíritu, es decir las personas sencillas y sin pretensiones frente a Dios, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que se comprometen por la causa de la paz, los que viven con mansedumbre las relaciones con los demás. Estos son dichosos, felices: sin embargo, a primera vista, no parece. Nos parecen más bien fracasados y débiles. Jesús nos dice el porqué: son dichosos porque están de su lado, con sus mismas actitudes. Sí porque Jesús es el verdadero “pobre”, “manso”, “misericordioso”, “pacificador”, “comprometido por la causa de la justicia”.

*Felices los pobres de espíritu,
porque de ellos es el Reino de los Cielos.*

*Felices los que lloran,
porque recibirán consuelo.*

*Felices los mansos,
porque recibirán la tierra en herencia.*

*Felices los que tienen hambre y sed de justicia,
porque serán saciados.*

*Felices los misericordiosos,
porque obtendrán misericordia.*

*Felices los de corazón limpio,
porque verán a Dios.*

*Felices los que trabajan por la paz,
porque serán reconocidos como hijos de Dios.*

*Felices los que son perseguidos por causa del bien,
porque de ellos es el Reino de los Cielos.*

Un programa nuevo de felicidad

Las bienaventuranzas no son en sí mismas la felicidad, sino el camino hacia ella. Es dichoso quien sigue las huellas de Jesús, hacia la realización de nuestra vida.

Jesús conocía el corazón humano, sediento de felicidad. Todo hombre-mujer quiere ser feliz; en consecuencia, busca la manera de conseguirlo, conforme a lo que cada uno entiende por felicidad: riqueza: dinero, éxito, posición social, seguridad, amor, poder, dominio, sexo, placer... Jesús propone un camino seguro de felicidad, aunque nuevo, paradójico.

La página de las bienaventuranzas es la más revolucionaria del evangelio, porque en ella establece Jesús una inversión total de los criterios mundanos respecto de la felicidad. El declara dichosos, porque ya desde ahora poseen el Reino y el favor de Dios, a cuantos el mundo tiene por infelices: los pobres, los hambrientos, los que lloran y sufren, los misericordiosos que saben perdonar, los rectos y limpios de corazón, los que fomentan la paz y desechan la violencia, los perseguidos por su fidelidad a Dios.

Debido a la novedad radical y paradójica de las bienaventuranzas de Jesús, hay quienes las tachan de utopía irrealizable, sin la más elemental lógica; para otros son un mero ideal espiritualista, sublime pero inalcanzable. Sin embargo, Jesús las pronunció consciente de su significado y alcance; y las propuso entonces, las propone hoy a todo hombre y mujer que quieran seguir su mismo camino, porque son las actitudes básicas para ser discípulo suyo, para asimilar el espíritu del Reino y para conseguir la felicidad en plenitud por el camino de la liberación.

Un programa posible y operante

Antes de Cristo nadie se había atrevido a hacer tales afirmaciones. Tan paradójicas son las bienaventuranzas que solamente las entiende quien las vive y practica, como hizo Jesús mismo. Su vida constituye la mejor clave de interpretación de las bienaventuranzas. Encarnadas en su persona las bienaventuranzas, se convierten para su discípulo en programa realizable y operativo.

Las bienaventuranzas de Cristo no son espiritualismo desencarnado, ni pasividad alienante, ni resignación fatalista. Su felicidad es presente, pero conlleva un compromiso personal y efectivo con la pobreza y el sufrimiento humano en cualquiera de sus manifestaciones, mediante el desprendimiento y el aguante, la opción por la sinceridad y la justicia, la construcción de la paz, el rechazo de la violencia, la fraternidad, el amor y la solidaridad entre los hombres.

Veamos más en detalle estas sugerencias.

Pobres en espíritu: son los que sienten la necesidad de Dios, no se consideran autosuficientes y ponen su confianza en Dios.

Mansos: la mansedumbre no es debilidad, sino la fuerza para hacer frente a la violencia, sin violencia.

Misericordiosos: es una mezcla de sensibilidad, generosidad y bondad.

Pacificadores: es el rechazo de toda forma de chismeo, envidia, celos y placer en las discordias.

Puros de corazón: miran con pureza a los demás, no los manipulan, los respetan en su dignidad, son auténticos y transparentes.

Afligidos: son los que no se decepcionan, no se rinden frente al dolor, sino que lo valoran en la oración.

Los que buscan la justicia: a pesar de la corrupción, de las mordidas, de los embrollos.

Dichosos, si en estas ocasiones, permanecemos fieles a Jesús.

La felicidad parece ser una palabra mágica: todos la buscan y muchos la ofrecen, tal vez de una manera superficial o barata, no unida al logro de los valores. Jesús nos recuerda que la felicidad se encuentra al término del camino y no cuando empezamos.

*Gracias, Señor Jesús, porque, proclamándolos dichosos,
devolviste la dignidad, el Reino y la esperanza
a los que el mundo tiene por últimos e infelices:
los pobres y los humildes, los que lloran y sufren,
los que tienen hambre y sed de fidelidad a Dios,
los misericordiosos que saben perdonar a los demás,
los que proceden con un corazón limpio y sincero,
los que fomentan la paz y desechan la violencia,
los perseguidos por servirte a ti y al evangelio.
Tú eres el primero que realizaste este programa,
y tu ejemplo nos anima a seguirte hasta el final.
Tú eres nuestra fuerza. ¡Bendito seas por siempre, Señor!*

Basilio Caballero